

EDITORIAL

Anti-aniversarios

Desde algún tiempo hacia acá, adviértense en muchos escritores ansias de «snobismo» tan acentuadas, que realmente provocan repugnancia y hasta, en no pocas ocasiones, incluso compasión. Provocan repugnancia intensa, ante todo, porque nada más anodino que esforzarse en trasladar al campo de las letras espúeos anhelos de originalidad, aun a costa de los valores más consagrados en cuanto respetables. Y provocan, además, cristiana compasión, porque nadie tan digno de ser compadecido, en el palenque literario, como aquel que, a falta de méritos propios, procura acreditar su nombre a costa de ajenos deméritos, reales o presuntos.

Una concreción muy curiosa del defecto a que aludimos es la designable mediante el concepto de «anti-aniversario». En efecto, son numerosos los pensadores cuyas efemérides a conmemorar vienen siendo enfocadas por muchos bajo aspectos negativos: de esta suerte, Cánovas tuvo su anti-cincuentenario en 1947, Balmes su anti-centenario en 1948 y Verdaguer otro anti-cincuentenario en 1952. De modo análogo, si queremos referirnos al año en curso, los anti-aniversarios parece que tampoco nos faltarán, pues han empezado ya a delinearse en torno de Juan Donoso Cortés (muerto en 1853), Antonio Maura (nacido en 1853) y Práxedes Mateo Sagasta (muerto en 1903).

Cierto es que las efemérides históricas no deben sólo ser aprovechadas para entonar ditirámicos encomios, sino más bien para hacer balance de lo permanente y lo transitorio que aportaron los personajes que las provocan... Mas de ahí a fijarse sólo en lo transitorio, o —mejor aún— en lo vituperable, ensanchándolo y profundizándolo mediante falseamientos tan fáciles como ignominiosos, media un auténtico abismo, que no puede intentar ser salvado sino a riesgo de incurrir, según antes insinuábamos, en reprobación y en conmiseración.